

España, Israel y los judíos

Raanan Rein

(Universidad de Tel Aviv)

El fin de la Guerra Fría pregonó la llegada de buenos tiempos para el estudio de la historia diplomática o la historia de las relaciones internacionales. Con la finalización del enfrentamiento entre las grandes potencias, consecuencia del derrumbe de la Unión Soviética, quedaba desplazada de su prioridad en el orden del día de la diplomacia la carrera armamentista entre los bloques, las guerras de intensidad variable en el Tercer Mundo auspiciadas por soviéticos o norteamericanos, o diversas crisis de confianza. Durante aproximadamente un decenio, al menos hasta el estallido de la histeria antimusulmana y el debate sobre el choque entre civilizaciones, el nuevo clima internacional imperante permitió a historiadores de las relaciones internacionales desviar su atención a temas cuya vinculación con la política del poder era menos evidente. En los últimos años hemos sido testigos de nuevos énfasis en estas áreas. El acento en temas económicos eclipsó en repetidas oportunidades asuntos políticos; enfrentamientos ideológicos dejaron lugar para el trato de relaciones culturales y las influencias de entidades privadas e informales llegaron a gozar de un interés no menor que el manifestado por la diplomacia clásica entre estados. En general, puede afirmarse que aumentó la tendencia –cuyos orígenes, naturalmente, son anteriores– de expandir el debate y no focalizarlo exclusivamente en las élites.

La dimensión informal de las relaciones internacionales se refiere a “actores” no gubernamentales y a su influencia en la modelación del entorno en que actúan políticos y diplomáticos, como así también de las imágenes que tienen tanto de amigos como de rivales. Intelectuales, misioneros, turistas, inmigrantes, corporaciones, organizaciones sindicales, organismos filantrópicos y variados marcos culturales, todos ellos ejercen una influencia acumulada en la formación de procesos a largo plazo. Habitualmente se trata de una influencia menos destacada, por cierto menos «glamorosa», mas resulta difícil obviarla.

Los libros de Isidro González García y de José Antonio Lisbona no pertenecen a este género. En ambos casos se trata básicamente de historia diplomática del «viejo» modelo. El énfasis es netamente político y el corpus documental principal es del Ministerio de Asuntos Exteriores madrileño. El texto de González García se concentra sobre todo en los primeros años posteriores a la creación del Estado de Israel, o sea lo que se ha dado en llamar «el desencuentro» entre el joven estado hebreo y la dictadura franquista, principalmente entre 1948 y 1956. Este período fue investigado ya por varios autores, entre ellos quien escribe¹, y por consiguiente lo novedoso en este libro es limitado. Sólo en la última parte, dedicada a los años hasta la guerra de los Seis Días, su aportación original es más significativa. Entre los temas sobre los que se expone González García debe destacarse la obsesión que tenían los ministros de Asuntos Exteriores, Alberto Martín Artajo y Fernando María Castiella, con el tema de la

¹ REIN, Raanan, *Franco, Israel y los judíos*, Madrid, CSIC, 1996.

internacionalización de la ciudad de Jerusalén y la posibilidad de asegurar un papel de importancia para España en la ciudad santa; la rendición española frente al boicot árabe sobre las relaciones comerciales con Israel y la ayuda prestada por la diplomacia franquista a las comunidades judías en los países árabes durante las distintas fases del conflicto árabe-israelí, sobre todo a los súbditos españoles en Egipto.

También los cuatro primeros capítulos del trabajo de Lisbona están dedicados a examinar las relaciones hispano-israelíes en los diez primeros años de existencia del Estado de Israel, pero sólo sirven como trasfondo y antecedentes para el debate principal y más significativo de los años subsiguientes. Una aportación concretamente pionera es el estudio sistemático de las políticas de los gobiernos de la Monarquía y los criterios que guiaron su política acerca de Oriente Próximo. En esta parte del libro hay información nueva que hasta el momento no había sido revelada sobre el tortuoso camino que condujo al fin de la anomalía histórica de ausencia de relaciones diplomáticas con Israel, sin que ello provocara una reacción negativa significativa de parte de los países árabes. En este proceso, como se sabe, cupo al Rey una función importante a la hora de preparar a los gobernantes árabes en general, y a las monarquías de Arabia Saudí y de Jordania en particular, para la ineludible medida de establecer relaciones diplomáticas plenas con Israel. Ya en junio de 1973, en el transcurso de una audiencia con un grupo de dirigentes de la comunidad judía española, don Juan Carlos les señaló: "Es anormal que nuestro país sea el único en Europa que no tenga relaciones diplomáticas con Israel".

El octavo capítulo del libro de Lisbona, que se ocupa de la oportunidad perdida de entablar relaciones con Israel durante el primer gobierno post-franquista, presidido por Carlos Arias Navarro, es particularmente fascinante. Se retratan allí las diferentes posturas que había en el ejecutivo. A favor se hallaban, sobre todo, José María de Areilza y Manuel Fraga, titulares de las carteras de Asuntos Exteriores y del Interior, mientras que destacaban en el rechazo los ex embajadores en Libia y Marruecos y en ese momento ministros de Educación y de Información y Turismo, Robles Piquer y Martín Gamero, y los dos ministros del «sector azul», Adolfo Suárez, secretario general del Movimiento, y Rodolfo Martín Villa, ministro de Relaciones Sindicales.

Hay en este capítulo una descripción de las crecientes presiones de otros países europeos sobre Madrid para que ésta iniciara un diálogo con Jerusalén. Esto pudo comprobarlo Areilza, por ejemplo, durante sus viajes al extranjero entre mediados de febrero y fines de abril de 1976. En Bruselas, su colega belga, Van Elslande, le pregunta de manera directa sobre esta ausencia de relaciones. El 2 de marzo, es el primer ministro británico, Harold Wilson, el que se interesa personalmente en el tema. En Copenhague, tanto su homólogo Andersen como el primer ministro Jorgensen mencionan la cuestión. Por último, el lunes 12 de abril, es el jefe del gobierno italiano, Aldo Moro, quien se extiende sobre la conveniencia de la medida.

En el mismo capítulo pueden verse las presiones que los países árabes, en *crescendo*, ejercieron para torpedear una iniciativa española en este sentido y que tomaron la forma de amenazas y tentadoras propuestas económicas. No menos perceptible es la excesiva ansiedad que caracterizaría en los años venideros a los cuadros que debían adoptar decisiones en Madrid, quienes temían probables represalias de los árabes como reacción a una probable normalización de las relaciones con Israel. Los españoles no escucharon debidamente la respuesta del Secretario de Estado norteamericano Henry Kissinger, a la pregunta que le formulara Areilza en enero de 1976 y que se refería a lo que podía esperarse de los países árabes en caso de establecer

relaciones: “Mire Ud., amenazas todas, reacciones concretas ninguna”. En Israel, por su parte, las presiones árabes sobre España generaban gran frustración, como lo corroboran las palabras del canciller Yigal Allon algunos meses más tarde: “La península Ibérica fue liberada de los árabes hace muchos siglos, no puedo concebir que un pueblo como el español pueda aceptar dictados de otros pueblos”.

En los capítulos siguientes, que tratan sobre el gobierno de Suárez (que en su última etapa tiñe su política exterior con tintes tercermundistas y opta por el neutralismo), Calvo Sotelo y González, Lisbona analiza con gran detalle y de manera esclarecedora las contradictorias presiones ejercidas sobre España por el mundo árabe, por un lado - no sólo en el plano económico y el diplomático, sino hasta amenazando con la reivindicación de las islas Canarias, «última colonia española en África», y de las ciudades portuarias de Ceuta y Melilla, que se encuentran en territorio marroquí - y por el otro lado los países de Europa occidental. También enfatiza correctamente el hecho interesante de que mientras que las relaciones con Israel despertaron interés en la opinión pública estadounidense, en el Capitolio y en el lobby judeo-norteamericano, por parte de la Casa Blanca y del Departamento de Estado no hubo presión alguna en tal sentido hasta la primavera de 1985. No obstante, a mi juicio, el libro no refleja adecuadamente las diferencias personales e ideológicas dentro del PSOE cuando el tema de las relaciones con Israel se trató en el gobierno de Felipe González. Así, por ejemplo, mientras que la aportación positiva de Enrique Múgica aparece bien descrita, el papel negativo que cumplió Alfonso Guerra, opuesto a estrechar los lazos con el estado judío hasta tanto no fuera resuelto el conflicto con los palestinos, no es presentado en forma clara.

Sin embargo, cuando Lisbona presenta las posturas de los ministros de Asuntos Exteriores sobre el tema, destacan los obstáculos que puso Fernando Morán, quien actuó deliberadamente para posponer una decisión e insistió en la necesidad de una «contrapartida» por parte de Israel para el establecimiento de relaciones diplomáticas. En cambio, es notable por su pragmatismo la actitud de su sucesor, Francisco Fernández Ordóñez, que comprendió la importancia de esta acción tanto para la integración de España en la comunidad europea como para las probabilidades de que la diplomacia madrileña cumpliera un papel importante en alentar el proceso de paz en Oriente Próximo. No es casual la elección de La Haya para firmar el acuerdo entre ambos países en enero de 1986, considerando que Holanda ocupaba entonces la presidencia de turno de la Comunidad. Fernández Ordóñez convenció a González de que «el momento ideal» no llegaría jamás, por lo que convenía aprovechar la primera coyuntura apropiada para establecer relaciones bilaterales con Israel. En los debates internos en el Palacio Santa Cruz destaca también la actitud negativa que mantuvo durante años Pedro López Aguirrebengoa -quien entre 1971 y 1982 se ocupó de Oriente Medio y el Norte de África en el Ministerio de Asuntos Exteriores y quien recomendó a Suárez la visita de Yasser Arafat en 1979- y que precisamente fue designado como primer embajador de España en Tel Aviv.

Ni González García ni Lisbona dominan el hebreo, por lo que sus investigaciones se basan en gran medida en documentación española, sobre todo la proveniente de los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Presidencia del Gobierno. Como resultado de ello, la perspectiva israelí no es presentada en forma profunda y con la debida atención, lo que confiere a los dos libros cierto desequilibrio. En el caso de Lisbona esto es menos evidente. La breve bibliografía adjunta al final indica cierto uso de documentos del Archivo del Estado de Israel, aunque al lector no le queda claro en qué

medida ni en qué casos. Éste es el lugar para lamentar la política editorial de *Temas de Hoy*, sello que por razones comerciales resolvió eliminar todo el aparato científico, o sea que el libro llega sin notas al pie y con una lista bibliográfica escueta al final del volumen. Esto deja al lector sin poder saber en qué se basa tal o cual afirmación ni cuántas entrevistas realizó Lisbona, de profesión periodista. Entre los políticos y diplomáticos israelíes que entrevistó se destaca Samuel Hadas, pieza clave en la preparación de la opinión pública española previa a la formalización de las relaciones diplomáticas entre los dos países y que luego se desempeñó como primer embajador israelí en Madrid.

Un tema apasionante que surge del libro de Lisbona es el que se refiere a los vínculos entre partidos políticos, que a veces representan una suerte de diplomacia paralela capaz de eludir las tradicionales reservas de las cancillerías o servir como herramienta extraoficial para promover los intereses de esos mismos Ministerios. El reciente y fascinante estudio de Pilar Ortuño Anaya señala el potencial investigativo que se oculta en los lazos entre diferentes partidos políticos.² En el caso que nos atañe, las raíces de las relaciones entre el partido Laborista israelí y el PSOE, se remontan a los días en que los laboristas (el partido se llamaba entonces MAPAI – Partido de los Trabajadores de Eretz Israel) manifestaron sus simpatías por el bando republicano en la Guerra Civil. Este vínculo siguió con la gratitud de los socialistas españoles por la actitud israelí contraria al levantamiento del boicot internacional que impuso la ONU a la dictadura franquista y se fue profundizando en los años setenta, por lo que era posible aprovechar esta circunstancia para las relaciones entre los dos países. Si bien en el PSOE había un ala de izquierda con una orientación tercermundista y una actitud muy crítica hacia Israel, en especial tras la invasión al Líbano de 1982, Felipe González había expresado su simpatía hacia Israel (país que había visitado en 1971 y 1977), hacia el partido Laborista y su amistad personal con algunos de sus líderes, como Simón Peres. Ya en 1977 había manifestado su apoyo al establecimiento de relaciones diplomáticas con Israel. De la investigación de Lisbona se desprende la importante función que cupo al laborista Micha Harish, quien supo ganarse la confianza de González, en la aceleración de la decisión española.

La lectura de los papeles del Ministerio de Asuntos Exteriores nos instruye sobre la medida en que los diplomáticos y políticos españoles de la segunda mitad del siglo XX estaban imbuidos de concepciones antisemitas del estilo de los *Protocolos de los Sabios de Sión*, mezcla de temor ante el poder judío -que supuestamente maneja los hilos de Wall Street y la Casa Blanca por un lado y, por el otro, se encuentra detrás del comunismo internacional- junto a cierta medida de desprecio y arrogancia y una determinada tendencia a ver una conspiración de judíos e israelíes al acecho en cada esquina, haciendo peligrar los intereses de la Europa cristiana en general y de España en particular. Todo esto se ve en numerosos documentos y no es exclusividad de la era franquista.

Esto no sorprenderá a quienes lean la exhaustiva y apasionante investigación de Álvarez Chillida, libro que revela hasta qué punto estaban arraigados los estereotipos negativos acerca del judaísmo y de los judíos en la sociedad española en general, y en el clero, la *intelligentsia* y la clase política en particular, en los siglos XIX y XX. El

² ORTUÑO ANAYA, Pilar, *European Socialists and Spain: The Transition to Democracy. 1959-77*, New York, Palgrave, 2002.

fenómeno se daba a pesar de que la ausencia de judíos en España era casi absoluta desde la expulsión de fines del siglo XV. Al antijudaísmo tradicional español (presente en la imagen popular del judío, manifestada en el lenguaje, las leyendas y las fiestas) se sumó, a partir de fines del siglo XIX, el antisemitismo moderno, que llegó a España principalmente desde Francia. El judío se consideraba cada vez más identificado con los aspectos negativos del proceso de modernización. Los judíos serán acusados de dirigir secretamente la masonería y todos los movimientos revolucionarios.

Particularmente interesantes en el trabajo de Chillida resultan los capítulos dedicados al período de la II República y la Guerra Civil. Las expresiones de aquellos años, tanto de filosemitismo como de antisemitismo, deben examinarse sobre el trasfondo de la creciente fisura entre los dos bandos políticos rivales. El antisemitismo se convirtió en uno de los componentes del código cultural, que identifica y aglutina a quienes lo apoyan, mientras que las muestras de simpatía hacia los judíos cumplían una función paralela en el bando rival, un fenómeno similar a lo descrito por Shulamit Volkov en su análisis de la sociedad alemana de fines del siglo XIX y primer tercio del XX.³ La España del interludio republicano era una sociedad escindida y conflictuada por cuestiones políticas, sociales y culturales. Paulatinamente fueron conformándose dos bandos heterogéneos que representaron, entre otros, el enfrentamiento que conocemos de otras arenas europeas contemporáneas entre modernismo y antimodernismo. La «cuestión judía» por sí misma no tenía importancia en España a la sazón, naturalmente, mas la retórica antisemita se convirtió en uno de los rasgos distintivos de la derecha en sus diversas vertientes y uno de los símbolos de identificación y autodeterminación de sus miembros, parte inseparable de su bagaje cultural. Por ello, una declaración antisemita podía entenderse también como una manifestación de repudio al comunismo, al liberalismo y al laicismo, y lo mismo es aplicable en el sentido inverso. Una declaración antisemita era una manifestación del lado en que el hablante se encontraba en la lucha por la identidad de España, de su postura acerca del lugar y la función de la Iglesia y del orden social. Por lo tanto, la postura de gente del centro y la izquierda a favor de los judíos tenía un significado que trascendía las cuestiones prácticas acerca de la política que debía adoptarse hacia la minúscula comunidad hebrea o hacia los refugiados judíos de la Alemania hitleriana. Se trataba de presentar una nueva lectura de la historia española y de exigir una sociedad republicana, democrática, liberal y laica, desafiando una escala de valores tradicional que enarbolaba la jerarquía, la disciplina férrea, la autoridad, el nacionalismo y las políticas de fuerza.

En cuanto a los judíos «de carne y hueso», la mayor parte de los españoles de la primera mitad del siglo XX jamás habían visto uno. Al estallar la contienda civil, en julio de 1936, el número de judíos en España no superaba las seis mil almas, la mayor parte de ellos en Barcelona. Es interesante la brecha entre el discurso antisemita y la imagen del judío, mayormente negativa, y la vida cotidiana de los judíos españoles. Según los testimonios con los que contamos, y que también surgen del proyecto de historia oral emprendido por Martine Berthelot, la mayor parte de los miembros de la comunidad no se toparon con expresiones hostiles significativas y aun así prefirieron no llamar demasiado

³ VOLKOV, Shulamit, "Antisemitism as a Cultural Code", en *Leo Baeck Institute Yearbook*, XXIII 1978, pp. 25-46. Acerca del discurso antisemita en la sociedad española de los treinta, véase también BOCKER, Manfred, *Antisemitismus ohne Juden: Die Zweite Republik, die antirepublikanische Rechte und die Juden. Spanien 1931 bis 1936*, Frankfurt 2000.

la atención acerca de su condición judía, conocedores como eran del peso de la tradición católica y de la amplia difusión de estereotipos antisemitas.

El libro de Berthelot presenta una nueva perspectiva de la comunidad judía de Barcelona desde 1914 hasta mediados del siglo XX. Se trataba en esa época de una pequeña comunidad de variados orígenes que estaba en proceso de formación y consolidación. Era ésta una comunidad de carácter cosmopolita, cuyos miembros llegaron de puntos geográficos, culturales e idiomáticos diferentes. Judíos de la Europa Oriental, Europa Central y Occidental, África del Norte y otras áreas bajo el dominio del imperio otomano, en especial de Turquía y Grecia. Algunos vieron a Barcelona como una estación de paso y otros la transformaron en un lugar de residencia definitivo.

El estudio de Berthelot se basa en entrevistas personales con cuarenta mujeres y hombres, en su mayoría nacidos a principios del siglo XX. Del libro se pueden comprender los motivos de la emigración a España, de su integración al país y de los contactos que mantuvieron en el marco comunitario judío.

El intento de conservar su identidad no fue fácil en una época en la que no existía la libertad religiosa pero sí una amplia gama de estereotipos negativos hacia el judío. De los testimonios se pueden conocer los distintos aspectos de la vida diaria en esta comunidad judía de emigrantes y la necesidad de enfrentarse con grandes penurias económicas, en especial en las décadas de los treinta y cuarenta. El libro retrata un mosaico multicolor de vida judía con una gran vitalidad: comerciantes acomodados y ropavejeros, intelectuales y religiosos, como también prostitutas judías, que la comunidad rechazó. Especial importancia tienen los testimonios de los entrevistados para los años de la Guerra Civil, que casi puso fin a la vida judía en ese país, y para los años de la Segunda Guerra Mundial, cuando España se mantuvo neutral y se transformó en una fuente de esperanza para miles de judíos que buscaban salvarse del Infierno nazi.

La periodización elegida se basa, como punto de partida, en el testimonio del primero de los entrevistados y finaliza con el momento de la inauguración del centro comunitario en Barcelona. Junto con ello se detallan varios momentos de importancia histórica general para España en esos años: desde la Primera Guerra Mundial, en la que ésta se mantuvo neutral, hasta el final de la política de racionamiento de alimentos en la España de Franco a principios de los cincuenta. Por lo tanto, el libro es fascinante y de gran importancia no sólo para los estudiosos de la historia judía, sino también para aquellos que se interesen en la historia española del siglo XX. Sería importante alentar la ampliación de este tipo de trabajos para el período posterior a 1954, esforzándose en superar las limitaciones del testimonio en sí.

A pesar de las observaciones, no cabe duda de que los volúmenes aquí reseñados constituyen un bienvenido aporte a la historiografía española sobre la presencia de los judíos en la España contemporánea y los lazos hispano-israelíes.

BIBLIOGRAFÍA:

- LISBONA, José Antonio, *España-Israel: Historia de unas relaciones secretas*, Madrid, 2002.
- GONZÁLEZ GARCÍA, Isidro, *Relaciones España-Israel y el conflicto del Oriente Medio*, Madrid, 2001.
- ÁLVAREZ CHILLIDA, Gonzalo, *El antisemitismo en España: La imagen del judío (1812-2002)*, Madrid, 2002.
- BERTHELOT, Martine, *Memorias judías (Barcelona 1914-1954): Historia oral de la Comunidad Israelita de Barcelona*, Barcelona, 2001.